

Moby Dick, la obsesión de la venganza de Herman Melville

por Juan Bonilla

Diez claves imprescindibles para conocer a fondo la figura de Herman Melville y el contexto y dificultades que vivió durante la creación de una de las novelas más importantes de la historia de la literatura moderna, considerada como una pieza memorable en la reflexión de las pasiones humanas

UNA NUEVA NOVELA

Nada hacía presagiar, hacia 1850, que el marino Herman Melville, autor de dos novelas de turismo exótico (*Taipei* y *Omú*, la primera una sensual visita al paraíso; la segunda, el descubrimiento de que en el paraíso hay caníbales) y varias otras irregulares que tuvieron el mérito de hacer caer en picado el número de sus lectores (menos interesados en las duras condiciones de vida de los marinos que en las postales de las islas del Pacífico), fuera a sacarse del tintero una obra tan corpulenta como *Moby Dick*.

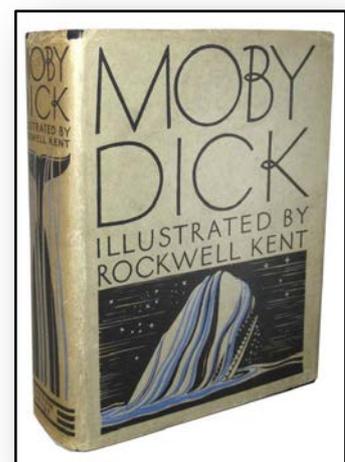
Al principio se la propuso como una novela de aprendizaje de un muchacho, Ismael, que se embarca en un ballenero y cuenta cómo es vivir allí,

en una tripulación donde se mezclan las razas, y en qué consiste el arte de perseguir ballenas. Melville, además de otros oficios varios, se había embarcado joven en pos de las islas del Pacífico y había trabajado en algún barco ballenero - aunque no como arponero, según gustaba de declarar: como grumete-. Le pareció que hacer una narración así, donde contase las duras condiciones de vida en un barco ballenero, y la hazaña que suponía la caza de una ballena, le devolvería la atención que había ido perdiendo desde su estreno. Era decisivo que los ojos que narraran todo fueran los de un joven con ansias de descubrir el mundo.

DE REPENTE... AHAB

No había rastro de Ahab en los primeros latidos de la novela, que iba a titularse -y se tituló en su versión inglesa *La ballena*-. Algo pasó entonces. Charles Olson tiene claro que lo que pasó es Shakespeare: una lectura detenida de *Rey Lear* inspiró a Melville. Otros estudiosos, como Andrew Delbanco, afinan más. Fueron varias cosas las que pasaron. La amistad de Melville con Hawthorne -una mezcla de afecto y rivalidad multiplicada en charlas y cartas- fue decisiva: Hawthorne apreciaba los colores de la paleta de Melville, pero le recomendó que se volviese más hacia los adentros de sus personajes.

La lectura de *Frankenstein* de Mary Shelley (y esa extraña exploración al Ártico en pos de un ser maligno), la situación política del país, a punto de irse al garete en su pugna Norte/Sur, acentuada por la posición de los demócratas cuya cabeza más visible en el Sur, Calhoun, prestó a Melville la fría psicología de su capitán... **Todo contribuyó a que la novela, después de un parón, virase hacia donde hoy sabemos.** Melville se dio cuenta de su grandeza y en una carta parece consciente de que algo ha cambiado, y el libro que quiere escribir, y escribirá a velocidad de vértigo, es distinto al que se propuso: "*Necesito plumas de cóndores para escribirlo, mi tintero es el cráter del Vesubio*".



Y de ese cráter sacó a Ahab, un capitán de barco ballenero que perdió una pierna en una pugna con un cachalote, ha jurado venganza, nadie lo ve durante el día, camina por la noche imponiendo la música de su pata de palo en la tarima de cubierta... y acaba dejando de ser un fantasma para convertirse en un hechicero que hace de su cuita particular un asunto colectivo. Pero no se engaña. Como *Don Quijote*, **Ahab podría decir: sé quién soy**, de ahí que en algún momento de la novela se defina: "*Todos mis métodos están regidos por la lógica, mis motivos y objetivos son, sin embargo, descabellados*".

HECHOS REALES

Es evidente que Melville recordó el caso del Essex, un ballenero que, poco después de que el novelista naciera, fue atacado por un cachalote blanco al sudoeste de Chile, en las cercanías de la isla de Mocha. Sobre las desventuras de los marinos del Essex, **Jeremiah Reynolds publicó un reportaje en 1939**. Ahí se contaba que el cachalote había salido vencedor de más de cien enfrentamientos con balleneros y parecía haber desarrollado una capacidad inverosímil para retar a los barcos y destruirlos.

Por mucho que se diga que el relato impactó a Melville y lo llevó a inspirarse en él para su novela, lo cierto es que no fue sino hasta mucho más tarde cuando lo recordó para, sin duda, utilizar alguno de sus acordes y anécdotas en la extravagante y rara sinfonía que estaba componiendo. Un libro que por momentos parecía querer ser la historia general de la cultura humana, como si fuera -según se lee en el capítulo 82- una enciclopedia de "héroes, santos y semidioses".

TORPEZAS

Melville escribió su libro en auténtico estado de emergencia una vez que encontró el sendero hacia su final apocalíptico, de ahí que se le perdieran marinos a menudo -la tripulación del Pequod constaba en principio de 30 integrantes, pero en algunas descripciones se llegan a contar 42, muchos de los personajes comparecen alguna vez, dan la impresión de que van a ser

importante porque se les dedica algún capítulo íntegro y luego desaparecen para siempre-. Su narrador, Ismael, es la viva imagen del narrador imposible, pues utilizando la primera persona con la que memorablemente se abre la novela, más adelante parece haber obtenido la capacidad de la omnisciencia porque da cuenta detallada de hechos en los que no puede haber estado, reproduce conversaciones que no ha podido escuchar, dibuja, como si las contemplase, situaciones que no contempló.

Todas esas torpezas -culminada por la torpeza final pues en la escena última, el barco queda destruido y el narrador hace sospechar que no hubo supervivientes con una imagen espléndida, y **hubo de agregar precipitadamente una página más para arreglarlo** y hacer flotar a Ismael- no restan un ápice de fuerza a la narración: en un taller literario se le podrían sacar decenas de defectos, daría igual, su energía, su poesía, su potencia se sobrepone -como en Shakespeare- a todas esas carpinterías.

FRACASO

Para Melville el héroe de la novela es el monstruo marino, ese misterio, de ahí que quisiera que su novela se titulase *La ballena*, y así salió en Inglaterra -donde en octubre apareció la primera edición; la americana salió un mes después ya con el título con que sería conocida-. **El fracaso de ventas fue lealmente acompañado de unas cuantas críticas destructivas que tacharon de loco a Melville.** La mayoría de críticas tomó al capitán Ahab como un retrato favorecedor, e incluso tímido, del propio Melville: un fantasma que se cree capaz de poder dar caza a la gran novela americana -la ballena- y que, naturalmente, es hundido por su propia ambición.

En efecto, no hubo muchos lectores que supieran medir la entidad de lo que se les ofrecía. **Un libro tan elástico** que empezaba como el relato de un joven aventurero, se demoraba enciclopédicamente en la descripción de distintos tipos de ballenas, parecía utilizar simbología política como encriptar un mensaje -el número de tripulantes se corresponde con el número de estados de la Unión- y acaba en una persecución absolutamente despiadada y catastrófica

propiciada por la obsesión del más terrible de los hombres no era un libro para ningún público precisamente por querer ser para todos.

Las mezclas eran constantes: de razas, de géneros literarios, de tonos. **Para escandalizar a la gente había, incluso, una escena de evidente homoerotismo** entre el narrador y el pagano Queequeg: "qué elásticos se vuelven nuestros rígidos prejuicios una vez que el amor viene a doblegarlos", escribe Ismael después de recibir el abrazo de su tatuado compañero de edredón. El fracaso fue de tal envergadura que Melville escribió a su editor prometiéndole que se alejaría del mar y se hundiría en los conflictos de la urbe para escribir una novela que satisficiera más el gusto del público (que Melville no tenía idea de cuál era el gusto del público de su época lo prueba el hecho de que esa nueva novela fue *Pierre o las ambigüedades*, la más oscura y rebuscada de sus novelas).

NOVELAS CORTAS

Los continuos fracasos comerciales del escritor tuvieron algo de bueno: lo empujaron al relato para revistas. "Si Melville cree que recuperará el crédito que una vez tuvo con unos cuentos para Putnam no puede estar más equivocado", escribió un crítico. Se equivocó. Dos de esos relatos eran *Bartleby* y *Benito Cereno*. Los reunió con otros en su libro postrero *The Piazza Tales*, que no causó la menor conmoción pero irían ganando fama de forma paulatina. **La carrera narrativa de Melville duró apenas 13 años** -escribía a ritmo de vértigo, *Redburn* en tres meses, *Chaqueta blanca* en cuatro, el primer latido de *Moby Dick* se fecha en mayo de 1850 y en octubre de 1851 salió la primera edición-. Después se dedicó a la poesía, con un libro sobre la guerra civil y otro sobre sus correrías en el mar. Esos volúmenes los editaba en ediciones confidenciales financiadas con ayuda económica de amigos y familiares. Al final de sus días regresó a la narración para erigir otra obra maestra de la narrativa breve: *Billy Budd*. Aparecería póstumamente en los años 20, cuando la editorial Constable, en 1922, decide emprender la publicación de sus *Obras completas*. Sus novelas cortas *Bartleby*, *Benito Cereno* y *Billy Budd*, se convertirían en **sus obras más leídas con decenas de reediciones**.

INTERPRETACIONES

Fue en los años 30, precisamente, cuando a Melville le llegó la hora -como a Ismael después del hundimiento del Pequod- de emerger a la superficie después de que se le diera por hundido. Su gran novela volvió a editarse -en Random House, con ilustraciones de Rockwell Kent-, a leerse. Ahora, las interpretaciones acompañaban al texto de modo inevitable convirtiéndolo en alegoría profética: ***Moby Dick se convirtió en una novela política***. Melville había avisado del gran peligro que se cernía sobre la democracia -que había sido una preocupación suya desde *Chaqueta blanca*- con la creación del iluminado Ahab, alguien cuyo poder de hechizo y fascinación, su obsesiva sed de venganza, es capaz de llevar al desastre a quienes comanda. Era la contribución de un demócrata al peligro de dejar "destino Manifiesto" (que pujaba por extender los Estados Unidos de costa a costa) en manos de un líder capacitado para convencer a todos de que una misión de pueblo elegido exigía todo tipo de sacrificios por la obtención de un fin.

Pero ¿de dónde procede ese hechizo? No sólo de su capacidad verbal de convicción, no sólo de sus dotes de mando: en un capítulo indispensable, Ahab muestra muy claramente qué mueve el mundo, qué ayuda a que los líderes hechicen. Se trata del capítulo 36, en el que ofrece un doblón de oro al tripulante que aviste la ballena que le arrancó la pierna. La mezcla ahí del relámpago del oro y de su propia confesión pública de que hay una razón de ajuste personal la que sirve de motor a su afán, suscita ese hechizo que entonces se adueña de una tripulación que hasta ese momento lo temía más que lo respetaba. A partir de ese momento el Pequod está perdido y la lógica de la venganza -que merecerá recompensa- inicia una nueva singladura en la que el ballenero se vuelve la nave de los locos. Lewis Mumford aseguraba que **quien mejor había retratado la locura alemana de los años 30 había sido Melville en *Moby Dick***. Julian Benda, al intuir que Europa se precipitaba a una guerra de nacionalismos, recordó a Ahab para extraer este aforismo: "*El odio se hace más fuerte cuanto más preciso se vuelva*".

ALEGORIA

La novela consentía fácilmente esa interpretación, y muchas otras, desde las tecnófilas -el afán del hombre por dominar los misterios de la naturaleza quiere que Ahab sea un adelantado- hasta las ecologistas -el monstruo no es la ballena, el monstruo es Ahab, porque como todas las obras maestras se podía ajustar a cada época con exquisita eficacia. Pero su entidad alegórica no le resta un ápice a su poesía y a su fuerza narrativa. Melville podía estar escondiendo mensajes vaticinadores o políticos en sus narraciones, sin duda, podía estar atreviéndose a hacer profecías, avisándonos del triunfo del populismo -siempre que un doblón de oro acompañara al discurso sentimental del líder- pero lo que lo hace inmenso es su capacidad para dotar de vida todo lo que narra.

Pasa por ser un gran maestro en el retrato de psicologías enfermas -él mismo era un hombre difícil con largas estancias en el sótano del ensimismamiento- y sin duda lo es, pero también lo es del arte de hacer visible la vida, de ordenar el caos de la realidad -que al fin y al cabo, eso es contar-. Por eso, todas sus novelas están llenas de detalles de realidad cotidiana, de olores, de sonidos. En Melville, un marinero no se limita a subir por un palo: nos explicará minuciosamente la manera en que ha de colocar pies y manos para no resbalar. Los cargos no se limitan a cenar en el camarote: se nos dirá las diferencias que hay entre las cucharas que ellos utilizan y las que utilizan los miembros de la tripulación.

GENEALOGÍA

¿Cuál es su genealogía? Evidentemente *Moby Dick* tiene un ascendente bíblico innegable que le llega por el poeta que más le apasionaba, Milton, y por su personaje esencial, Satán. En alguna de sus novelas llama "mi juglar" a Virgilio. Sin duda Olson llevaba razón al señalar la importancia de Shakespeare en Melville, aunque en el ejemplar de las obras de Shakespeare que se conservaba en la biblioteca de Melville no hubiera ninguna señal ni subrayado ni anotación, como sí las había en otros muchos libros. Son todos grandes nombres, pero también bebía en innumerables libros sobre historia, sobre vida

marina, sobre lugares remotos. Era un lector, según su propia expresión, poco metódico y nada disciplinado. Su poca disciplina en el diseño de estructuras narrativas fue, curiosamente, la que llevó a considerarlo como padre de la modernidad. Auden citó *Moby Dick* como la primera de las novelas de la era contemporánea, aunque por su condición de obra total, de poema-novela, más bien **podría ser considerada como la última obra maestra del mundo antiguo**. En cualquier caso, el posmodernismo aceptó que *Moby Dick* iniciaba una nueva era de la novela, pues como ninguna otra novela de la época ponía a prueba la flexibilidad del género.

CINE



Una novela tan poco leída como *Moby Dick*, de esas de las que es fácil saber algunas cosas, como el Quijote, sin necesidad de sumergirse en sus páginas, recibió un imponente empuje popular gracias al cine. Fue adaptada en 1926 con el título de *La bestia del mar*. En 1930, con el título de *Moby*

Dick y John Barrymore de protagonista, se estrenó la primera versión sonora. En 1931, Michael Curtiz realizó *Dämon des Meeres*. Pero la cinta que todos tenemos en la memoria es la de John Huston con Gregory Peck en el papel de Ahab. Aunque el guion lo firman Ray Bradbury y Huston, lo cierto es que es obra del primero, que acabó denunciando al director por comparecer como coguionista. Por buena que sea **la película, es sólo un charco comparado al océano indomable que es la novela**, o el poema, o el milagro que en 1851 publicara Herman Melville.